

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

GUSTAVO GALLINAL. — *"EL URUGUAY HACIA LA DICTADURA"*. — Editorial "Nueva América". — Montevideo, 1938.

Este es un libro de verdad y de pasión. No es un trozo de historia política contemporánea escrito con la fría serenidad del espectador ajeno al espectáculo que contempla. Quien ha trazado estas páginas de exégesis y comprobación histórica es un cronista que escribe con el corazón una crónica cuyo asunto él más que ha presenciado, ha vivido; en el cual ha tomado parte sufriendolo en carne propia; del cual guarda memoria lúcida no tanto porque sea reciente, como porque ha desgarrado con la uña de lacerantes realidades su sensibilidad cívica.

Es una historia de cosas demasiado actuales (hay una actualidad relativa que se aleja ante el flujo desplazador del tiempo con menos rapidez que los días fugaces porque la integran elementos que siguen siendo de hoy) para que pueda decirse de ella, aplicándole la conocida fórmula de Michelet, que es una resurrección. Aun viven los componentes principales de ese cuadro animado y no cabe por tanto resucitarlos, sino ponerlos bajo el chorro de luz que permite verlos moverse y gesticular, o someterlos a los rayos X que descubran la misteriosa urdimbre de móviles e intenciones.

Pero el libro vive y palpita porque por todo él circula el mismo sentimiento cálido con que el autor ha observado y vivido y padecido los hechos que narra, los sucesos que comenta, las escenas que describe. Sus juicios sobre hombres y acontecimientos no son menos justos porque broten candentes. El sentimiento moral que nos hace discernir entre lo bueno y lo malo, no enajena nunca su derecho a indignarse con pasión ante lo segundo ni a exaltarse con fervor ante lo primero.

El autor de "El Uruguay hacia la dictadura" no se ha propuesto historiar por historiar. No podía reducirse al papel de un simple reseñador de acontecimientos; ni siquiera habría de conformarse con la misión académica de legar a la posteridad un juicio histórico objetivo e inobjetable sobre el trozo de vida nacional que ha recogido en sus páginas. Es otra la función que se ha impuesto y que es al mismo tiempo la que se le ha impuesto como una obligación ineludible a su conciencia de político y de escritor: la de aleccionar, la de aplicar sentencias

morales que sean una sanción efectiva para los reos y una enseñanza para el espíritu de sus conciudadanos.

No aspira a que se le tenga por imparcial, sino por verídico. Repudia la imparcialidad ante las realidades que extiende sobre su mesa de disección para exponer a nuestros ojos sus podredumbres, a fin de que nos afecte y repugne el espectáculo, y no para extasiarse o entretenerse en una fría e indiferente tarea de operador anatomista.

Es un militante de la política, y en su libro no oculta, sino que muestra, esa condición. Más todavía: su libro es un acto político y una lección política, en la que se destacan duras condenaciones del mal del "apoliticismo". "El apolítico —dice— es un hombre al que no interesan los derechos ni las libertades ajenas. Los suyos tampoco, sino en la medida en que repercuten directamente sobre sus intereses materiales. A los que se desinteresaban por los negocios políticos los griegos los llamaban "idiotas". Hay quienes de esta despreocupación hacen un timbre de excelencia."

Por lo demás, sus palabras son bien explícitas respecto de la posición en que ha querido localizarse. "Como comentarista no aspiro a la imparcialidad. Actor apasionado, no escribo un trabajo histórico, sino un alegato político..." Pero el valor histórico de ese alegato no puede negarse, porque si sus juicios admiten ser discutidos, "los testigos que emplazo —dice— y hago comparecer a prestar declaración no podrán ser recusados".

El lector sabe, pues, a qué atenerse en cuanto a la procedencia espiritual de los juicios allí vertidos. Construídos sobre hechos reales, sobre datos verídicos, podrán no compartirse, pero no porque el autor falsee la historia ni porque ponga pasión, legítima y saludable pasión, en sus apreciaciones fundadas. ¿Y quién es el autor? Necesario es hablar de él, porque la fuerza docente y adoctrinante de libros de esta clase radica sobre todo en la autoridad moral de quien los escribe.

No era para libros de esta índole que George Saintsbury sentaba aquella máxima crítica según la cual "si es posible hay que perder totalmente de vista al *hombre* cuando se pondera la obra, y, si es imposible, hay que separar enteramente las dos estimaciones".

Desde luego, no habrá de ser fácil prescindir y hacer abstracción del *hombre* tratándose de un relato en que ese hombre ha tenido su parte activa. Pero lo que más impide ese apartamiento que aconseja el crítico inglés, es la naturaleza misma de la obra, toda ella caldeada por el aliento vital y humano del autor; toda ella marcada, línea a línea, con el sello de los sentimientos civiles que agitaban la personalidad del autor en el ambiente de ese período allí evocado por su pluma vigorosa.

Gustavo Gallinal entró en la política con una cultura de gran estudioso y un espíritu afinado en el cultivo serio y ahincado de las letras,

Su actuación de hombre público luce por ello el decoro formal que su vocación literaria imprime a cuanto dice, ya sea hablando, ya sea escribiendo; y el vuelo de su pensamiento sostenido por el arte de expresarse, levanta su personalidad política a esa alta atmósfera intelectual que sólo respiran los hombres de Estado y los dirigentes de partido en las democracias más cultas del mundo.

En la tribuna alcanza por momentos, cuando maneja el látigo de las indignadas flagelaciones, la bronca entonación admonitiva de los profetas, cuyos trenos vibran seguramente en su memoria desde sus primeras lecturas de la juventud; y en la amplia armonía del párrafo de largo aliento palpita el velamen desplegado de una elocuencia robusta servida por un léxico abundante y selecto, igualmente alejado de la vulgaridad y de la afectación.

Como escritor, ya lo véis. Este es un libro escrito sobre todo por el crador, sin duda por ser una larga y documentada requisitoria fiscal pronunciada ante el supremo tribunal de la historia; pero aquí ha puesto, sin haberse propuesto hacer obra literaria, muchas de sus mejores dotes de literato de ideas, pese asimismo a que éste es, más que nada, un libro de hechos.

Demócrata ardiente, el golpe de marzo lo sorprendió en el Consejo Nacional de Administración, a donde llegara tras una rápida y brillante carrera política que lo destacó con rasgos propios en las filas del partido Nacional.

Era un hombre de derecha. En más de una ocasión, quien estas líneas escribe, debió chocar con él en debates parlamentarios apasionados sobre problemas de política social. El derrumbe de las instituciones democráticas con la evidente complicidad de las fuerzas sociales que él había defendido políticamente, debe haberle hecho pensar que la democracia política no descansa realmente sino en el espíritu de las masas sin privilegios, o sea, de aquellas que necesitan y reclaman la democracia social. Porque su posición espiritual ante aquellos problemas ha cambiado en parte. Y su fervor democrático de ahora tiene un tono más vivo, como si le llegase al menos un soplo de ese liberalismo político profundo e integral que se siente reconfortado en una visión jurídica apartada de los cánones clásicos del individualismo económico. Una reciente monografía suya, muy interesante, sobre las convenciones colectivas en la industria francesa, nos lo muestra en esa posición.

“El Uruguay hacia la dictadura” es, en definitiva, una trascendental expresión de sano patriotismo crítico con lo cual un alto espíritu de ciudadano presta impecable servicio a la conciencia histórica y civil de su patria.

Emilio Frugoni